



JOAQUÍN DÍAZ

Músico e investigador de tradiciones culturales

“VIAJAR POR TANTOS PUEBLOS ME HA PUESTO A LA ALTURA DE UN LABRADOR O UN PASTOR... NO VENGO DE OTRO MUNDO SINO DEL MISMO QUE ELLOS”

De manera intermitente he seguido la carrera musical de Joaquín Díaz (Zamora, 1947) y algo más distante su abrumadora labor como investigador de nuestras tradiciones culturales, en especial de Castilla y León. Viendo en La 2 el documental de la serie “Imprescindibles” sobre su trayectoria (“El río que suena, reflejo del tiempo: Joaquín Díaz”, 2015), dirigido por Inés Toharia Terán, tomé conciencia de lo que en él sostienen los expertos y amigos que valoran su trayectoria: estamos ante la figura más importante de la música popular española. “El Menéndez Pidal de la canción”, dice su colega Paco Ibáñez. “Nuestro Pete Seeger”, apunta el comentarista musical José Ramón Pardo.

Mientras cenamos en su casa, en unas dependencias de la propia Fundación, cuyo único lujo es la galería que no mira al mar del páramo sino a un patio hermoso sombreado por árboles que él mismo plantó, nos enseña una foto impagable en la que posa buena parte del mundo musical de los sesenta/setenta durante una fiesta de la revista *Rompeolas*. De Nino Bravo a Conchita Bautista, de Encarnita Polo a Cecilia, la malograda cantante, amiga de Joaquín. Él también anda por ahí, agachado. Toda la gente, todos los estilos. De los romances al pop risueño de Fórmula V. Joaquín trató con muchos de ellos desde Movieplay, donde trabajó un tiempo, o en la revista *Mundo Joven*. Suscita esta foto sabrosos comentarios en torno a la larga mesa. La gente generosa siempre tiene mesas grandes para que quepan los amigos.

Después de grabar un montón de discos, Joaquín se retiró de los escenarios en 1975 (aunque siguió grabando) para profundizar en su labor de investigador, primero en la Universidad, y luego en la Funda-

ción Joaquín Díaz de Uruña, una hermosa villa, a 65 km de Valladolid, donde vive desde su creación. Con apenas 200 habitantes, amparados por su espectacular muralla y una actividad agraria y ganadera estancada, con librerías, museos, hoteles rurales y mesones, Uruña es un referente para recuperar nuestra memoria a través de los objetos y de la palabra. A propósito del libro *82 objetos que cuentan un país* de Manuel Lucena, escribe el historiador José Enrique Ruiz-Domènec: “Una conclusión se impone: cuando un objeto define la memoria colectiva de un pueblo es que existe una espiritualidad compartida”. Eso es Uruña: una espiritualidad compartida.

Pregunta: ¿Cómo comenzó esta aventura, Joaquín?

Joaquín Díaz: La Diputación de Valladolid había adquirido esta casona palaciega y en 1987 el entonces presidente, Francisco Delgado, me pidió un proyecto. Ya en 1982 había propuesto yo un centro de documentación que contó con cierto apoyo oficial. Mientras estuve en la Universidad,

apenas tres años, observé la carencia de materiales de etnología y antropología. En 1985 la Diputación aprobó, por fin, la creación del Centro, un simple despacho desde el que empezamos a elaborar y a surtir de contenidos a profesores interesados en la tradición: libros, grabaciones, etc. En 1987 llegamos a Urueña con la intención de ampliar el proyecto. No se trata solo de exponer las colecciones, sino de relacionar conocimientos, algo que siempre me ha preocupado. En la Universidad todo está compartimentado y cada cual se ocupa de lo suyo, lo cual es un error. Definitivamente, en 1991 inauguramos la Fundación.

P: *Creo que Miguel Delibes le desaconsejó que viniera. Precisamente él, tan identificado con el medio rural.*

J. D.: Me lo comentó en una carta en 1988. Yo era compañero de estudios de su hijo Miguel Delibes de Castro y asistíamos juntos a las fiestas de El Cubo, una especie de torreón del pianista Miguel Frechilla, de quien fui productor cuando formó el dúo Frechilla-Zuloaga. Delibes padre me veía como cantante y una persona de mundo, por eso pensaba que lo pasaría mal. Escribí a mis amigos (José María Íñigo, Jesús Torbado, etc.) poniéndoles los dientes largos para que vinieran a verme.

P: *Usted trata de prestigiar el mundo rural para evitar ese complejo del que habla el escritor Antonio Muñoz Molina: “Nos asustaba que algún desdeñoso mandarín pudiera acusarnos de costumbristas y rurales”.*

J. D.: La educación que hemos recibido sigue siendo en cierto modo rural, como indican tantos refranes. Somos depositarios de una cultura de siglos y debemos reflexionar sobre qué parte de ella sigue siendo válida, desechando mentiras, como que la ciudad es la panacea. Me molesta que un periodista pregunte a un labrador a las tres de la tarde si le gustaría irse a la ciudad y no pregunte lo mismo a una persona que va en el Metro a esa misma hora. No pueden inducirse respuestas. La cultura cada vez está menos unida a la vida, aunque en el mundo rural todavía no es así. Un curtidor de pieles en el siglo XVIII sabía lo que necesitaba para desarrollar su oficio y relacionarse con el entorno. La cultura es eso, el conjunto de habilidades que nos facilitan la vida.

P: *¿El proyecto inicial se refería solo a la Fundación o abarcaba el pueblo entero?*

J. D.: Al principio la apuesta era todo, incluso el entorno. Urueña me resultaba tan atractivo como debió parecerles a los monjes que se retiraron aquí en el siglo X. Me interesaba todo, incluso la arqueología. Propuse excavaciones y fotocopí más de 2.000 páginas del Catastro de Ensenada (1750-1754), del que saqué cerca de 400 nombres de pagos que luego contrasté con varios pastores que me ayudaron a completarlo. Los pastores conocen mejor las tierras porque tienen que pasar por ellas, mientras a los labradores no les interesa el nombre de los pagos de los demás. En este sentido, el pastor es más universal, tanto el trashumante como el estante.

Charlas, reuniones, cartas (he donado 14.000 a la Fundación Jorge Guillén). El sueño estaba en marcha. A los 21 años, alentado en parte por la filosofía *hippy* de la época, quise comprar un pueblo en venta de Burgos para hacer más o menos lo mismo, pero me exigían poner el día la contribución atrasada de todos los edificios y no tenía tanto dinero.

“Mucha gente ha utilizado las ayudas de la PAC para comprar una casa en Valladolid y mandar a sus hijos a estudiar allí. Y no han vuelto”

P: *No casa su capacidad para seducir a tanta gente con ese aspecto tímido y a primera vista distante.*

J. D.: Todo lo que hay en esta casa tiene que ver con la comunicación, desde mi propia vida a la biblioteca, los archivos, los grabados de indumentarias... Los pliegos de cordel son una forma de comunicar noticias y conocimientos. Los instrumentos musicales o los bailes muestran formas de vida y de relación. Todo parte de la necesidad de comunicar. En la distancia corta he ido implicando a mucha gente.

P: *¿Sería Urueña la experiencia más acabada del mundo rural ideado por los neorrurales?*

J. D.: Nunca me he considerado neorrural. Cuando iba a los pueblos sabía qué iba buscando. De hecho, tenía que





saber más que la persona a la que entrevistaba. Yo cantaba el comienzo de un romance y ellos enseguida se acordaban... Pero yo decía lo que quería. Viajar por tantos pueblos me ha permitido estar a la altura de cualquier labrador o pastor que ha vivido en ellos toda su vida. No vengo de otro mundo, sino del mismo que ellos. Siempre he discutido con la gente que mandaba a sus hijos a estudiar fuera y, de hecho, no querían que volvieran. Eso es el principio de todo. En general, al labrador no le gusta lo que hace, está ahí por obligación. Muchos han utilizado las ayudas de la PAC para comprar una casa en Valladolid y mandar a sus hijos a estudiar. Y no han vuelto.

P: *¿Es Uruña lo que había pensado que fuera?*

J. D.: En lo que me toca más de cerca sí, que es este Centro reconocido internacionalmente, pero no tanto en cuanto al pueblo, porque no se han dado las circunstancias que yo consideraba adecuadas. A veces, la gente se enfada conmigo porque echo de menos eso que llamábamos fuerzas vivas.

P: *Muchos de los que ahora viven aquí han venido de fuera. ¿Se ha convertido Uruña en un mito que no siempre es llevadero?*

J. D.: Llevadero sí, pero a veces falso. Yo quiero un pueblo natural, donde el labrador o el ganadero trabajen en lo suyo y luego participen en lo

común. Ahora, por ejemplo, estoy detrás de una cosa bien sencilla, que cuando la gente se acerque a las dos entradas del pueblo tenga un código QR que le lleve a los sitios abiertos, porque habitualmente muchos están cerrados.

P: *¿Cultura rural o tradicional?*

J. D.: A mí me interesa la cultura tradicional. Hay mitos y leyendas, elementos de culturas y civilizaciones antiguas que se mantienen en la nuestra y no necesariamente tienen que ver con lo rural. O sí, en la medida en que las ciudades eran pueblos grandes que luego empiezan a distanciarse. Pero lo rural es el ámbito en el que mejor se ha desarrollado lo que me interesa. La palabra folclore la inventa un anticuario. Él ve que muchas cosas podrían ser arqueología, pero no lo son, aunque hayan llegado

a nosotros. ¿Cómo se llama a ese tipo de conocimientos antiguos que han evolucionado? Este anticuario propone la palabra folclore. La sabiduría popular. La palabra es asumida y en España la difunde Antonio Machado y Álvarez, el padre del poeta, que crea la primera sociedad de folclore.

P: *¿Se atreve a hacer una valoración de la cultura tradicional española?*

J. D.: Tenemos una cultura tradicional riquísima. El folclore es una especie de catálogo con respuestas a las preguntas que se hace el ser humano. Todo está en los cuentos, en las canciones, en los romances... La cultura responde a la mentalidad y tiene que ver con el comportamiento y la actitud ética. ¿Por qué elegimos unas canciones y no otras? Porque responden a factores de nuestra mentalidad, que estructura la cultura. Hay mucho interés en demostrar la importancia de las culturas locales, pero lo universal siempre está ahí, aunque se desconozca.

P: *¿Es Uruña una respuesta a la crisis del mundo rural?*

J. D.: El sentido común es una asignatura que no se da en las escuelas y lo necesitamos mucho. Lo hemos perdido porque la gente ya no trabaja en común. Giambattista Vico decía que las palabras tienen más importancia de la que les da-

mos porque van acumulando sensaciones y experiencias que se adhieren a ellas y les dan sentido. Ponía el ejemplo de la palabra *lex* (ley), que en la Italia anterior a los romanos describía la actividad de recoger bellotas, que solía culminarse con una reunión para hablar sobre las normas a respetar. O sea, la palabra *lex* era el conjunto de normas dictadas al amparo de la mentalidad de todos. Dependiendo de quién hable, Urueña puede ser un referente o un desastre. Dicen unos que todo se ha hecho con ayudas oficiales, y no es verdad. Otros que viene mucha gente, pero ellos no sacan beneficio. Hombre, las infraestructuras son para todos y la calidad de vida ha mejorado de manera notable. A mí lo que me obsesionaba es que no se hicieran burradas, que se respetara el pueblo, declarado ya en 1975 Conjunto Histórico Artístico. Los estatutos de nuestra Fundación, junto con el *Quijote*, deben ser los textos más difundidos en este país. Yo he trabajado mucho en ellos. Pero bueno, en todos los sitios hay gente con ganas de hacer cosas. El depositario de la cultura común no es el colectivo, sino una o dos personas.

P: *¿Tienen los romances algo que ver con la copla?*

J. D.: Claro, los pliegos de cordel son tan diversos... La copla es el resultado de una serie de géneros que se crean en el siglo XVIII, se desarrollan en el XIX y en el XX ya están fijados con un estilo muy claro.

P: *A usted le gustaban Jacques Brel y Georges Brassens, pero su estilo es otra cosa. ¿Quiénes han sido sus verdaderos referentes?*

J. D.: Mi madre, que tocaba el piano (está en la Fundación), mi abuelo...

“El folclore es un catálogo de respuestas a las preguntas que se hace el ser humano. Todo está en los cuentos, las canciones, los romances”

P: *Y Pete Seeger, a quien admiró y conoció.*

J. D.: Me atraía porque era un gran comunicador, pero para cantar los romances no tomo referencia de nadie. Me di cuenta de que el romance respondía a unos esquemas: un texto, normalmente en octosílabos, y una serie de versos al final de los cuales había un punto... O sea, una forma de contar y de cantar las cosas que había que respetar. Quien renovaba tenía que saber por qué, y si la gente no lo aceptaba es que estaba equivocada.

Yo he compuesto muchas canciones que no he firmado y fueron atribuidas a la tradición.

P: *¿Era fatigoso viajar en transporte público con aquel magnetofón tan pesado?*

J. D.: A mí me gustaba recoger materiales e ir hurgando en la vida de los demás. Además era positivo, porque la gente con esos conocimientos estaba minusvalorada. A ellos les venía muy bien porque recordaban una herencia que no tenían a quién dejar. Cada persona elegía un tema en función de su mentalidad y en cada versión se daba un proceso muy rico que indicaba por dónde había ido. No usaba cuestionarios ni métodos fijos. Según era cada cual, iba preguntando. La clave estaba en la capacidad de conexión. Me emocioné muchas veces.

P: *No ha tenido antecedentes y no sé si tiene continuadores.*

J. D.: He tocado demasiados palos, tengo mil y pico canciones registradas en la Sociedad General de Autores. Hay gente que ha abordado los romances, pero las cosas han cambiado mucho. Cuando yo cantaba en televisión me veían millones de personas, ahora todo es distinto.

Mientras escribo tengo noticia del libro de Sergio del Molino, *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue* (Turner),

donde el autor califica de “gran trauma” la migración que en pocos años dejó vacíos tantos pueblos. De ahí la importancia de experiencias como Urueña, siempre y cuando mantengan cierto equilibrio. Las librerías y los museos no tienen sentido en un pueblo sin gente que labre la tierra. En Urueña vive también Luis Delgado, otro gran músico que ha creado un espectacular museo de instrumentos musicales de todo el mundo. Lo universal desde lo local. Puede ser una guía de trabajo. **R.**

